JULIO DANTAS

La Cena de los Cardenales

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

La cena de los Cardenales

LA CENA DE LOS CARDENALES

DE JULIO DANTAS

TRADUCCION DE

FRANCISCO VILLAESPESA



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

PERSONAJES

CARDENAL GONZAGA DE CASTRO, Obispo de Albano y Carmalengo.

CARDENAL RUFO, Arzobispo de Ostia y Deán del Sacro Colegio.

CARDENAL DE MONTMORENCY, Obispo de Palestina.

—FÁMULOS—

La acción en Roma, en el Vaticano, durante el Pontificado de Benedicto XIV - Siglo XVIII



ACTO UNICO

Una gran sala en el Vaticano. Paredes cubiertas de tapices de Arras. Amplios techos de artesonados de talla dorada. Un retrato del Cardenal rojo, de Raphael, sobre la chimenea. A la derecha, en primer têrmino, el clave, el violín y el violoncello de un terceto clásico. Altos estantes frailunos. Luces. Al fondo, un largo taburete, donde descansan las capas, los sombreros y los bastones. A la izquierda, en primer têrmino, un gran armario cargado de vajillas de oro y plata repujada. Casi en el centro, el «buffet» donde cenan los cardenales. Mantel de holandilla picada de encajes; servicio de Sévres, blanco y oro. Cristalería.

ESCENA UNICA

CARDENAL GONZAGA, CARDENAL RUFO y CARDENAL MONTMORENCY, sentados a la mesa, cenando. Los fámulos vestidos todos de verde y plata, les sirven de rodillas.

CARDENAL RUFO

(Visiblemente enfadado.)
¡Oiréis lo que les digo!...

CARDENAL GONZAGA

(Al Cardenal Rufo, señalándole una fuente de Sévres.)
¡Eminencia, el faisán!...

CARDENAL RUFO

...Como Arzobispo de Ostia y Cardenal Deán,
recibiré mañana la embajada francesa...
Ya le diré...

CARDENAL MONTMORENCY

(Ieterrumpiéndole.)
Es inútil. La humanidad progresa.
Y no es justo se cierra al pensamiento humano,
como puerta de oro, el viejo Vaticano.
¿Le diréis?... ¿Qué podría decir vuestra Eminencia?

CARDENAL RUFO

(Vehemente.)
Francia es la enciclopedia...

CARDENAL MONTMORENCY

Roma es la intransigencia...

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador.)
No discutan más... ¡calma!

CARDENAL RUFO

(A un fámulo que, curvada la rodilla, sirve los vinos.)
¡Jerez añejo!

CARDENAL MONTMORENCY

(A otro fámulo.) ¡Rhin!

CARDENAL RUFO

¡Qué escándalo! Vió Roma por vez primera, al fin,
a Benedicto, a un Papa, recibir con placer
consejos de Inglaterra y cartas de Voltaire.

CARDENAL MONTMORENCY

(Grandiosamente.)
Las cartas de Voltaire honran...

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa desdeñosa.)
¡Es natural!
Habla como francés...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con dignidad.) Y como Cardenal.

CARDENAL GONZAGA

(Interviniendo de nuevo.)
Eminencias, son pláticas demasiado formales
para una cena alegre... En fin, tres Cardenales
no han de salvar a Roma.

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)
Pues bien, en mi conciencia,
uno sólo faltaba para ello...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con ironía.) ¿Su Eminencia?

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador, dulcemente.)
Dejemos eso a Dios. ¡En sus manos están
los destinos de Roma!

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una sonrisa.) ¡Nosotros al faisán!
(Trinchando con galantería.)
Si permiten, yo sirvo. Es un faisán dorado,
detestable político, mas todo embalsamado
de trufas. No hizo Encíclicas, ni comentó la Suma,
ni ha usado Solideo sobre dorada pluma.
ni discutió a Calvino en pleno Consistorio;
mas vale más, sin duda, que el propio San Gregorio.
(Al cardenal Rufo)
¿No lo cree su Eminencia?
(Al cardenal Gonzaga, sirviéndole.)
¿Un muslo, el ala, el pecho?
¡Superior, sin disputa, sobre todo en Derecho
Canónico! Eminencia, ¿un alón? ¡Ah, tal vez
ablandarle consiga mojándole en Jerez!
El faisán es ya duro para viejos dolientes...

CARDENAL GONZAGA

(Muy formal.)
Eminencia, aun me quedan mis cuatro o cinco dientes.

CARDENAL RUFO

(Probando el faisán.)
¡Benedicto catorce no obrase acaso mal
dándole al cocinero borlas de Cardenal!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Rufo.)
Hace poco, Eminencia disgustóse conmigo...
Confiese.

CARDENAL RUFO

¿Yo?

CARDENAL MONTMORENCY

Enfadóse...

CARDENAL RUFO

Voltaire es enemigo

CARDENAL MONTMORENCY

Y nosotros amigos... Son discordias fugaces,
Eminencia...

CARDENAL RUFO

(Abrazándole con ternura.)
Mas luego...

CARDENAL MONTMORENCY

(Besándole.)
Viene el *osculum pacis.*

CARDENAL RUFO

Un beso y otro beso, un año y otro, en vano...
¡Como no se envejece el viejo Vaticano!
La intriga que se teje y muere cada día
en el sutil misterio de esta tapicería...
Política en las sombras... Los pasos siempre inciertos.

CARDENAL GONZAGA

(Mirando al estante de música.)
Lo único que nos salva...

CARDENAL MONTMORENCY

¡Oh, sí; nuestros conciertos!

CARDENAL RUFO

¡Oyendo nuestra música, los pecados se van!...

CARDENAL GONZAGA

(Con éxtasis.)
¡El alma a Dios elevan las fugas de *Lalande!*

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)
Y después... ¡Su violín, que nos transporta al cielo...
¡Su Eminencia es artista!

CARDENAL MONTMORENCY

(A Rufo.)
Pues ¡y su violoncello!

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa de beatitud.)
¡Solos los tres haríamos a Roma tan dischosa!...

CARDENAL MONTMORENCY

(Tristemente.)
¡La juventud tan lejos!...

CARDENAL GONZAGA

(Con una lágrima.)
¡Y tan cerca la fosa!
Cayó sobre nosotros la nieve, y nos helamos.

CARDENAL RUFO

¡Tan pronto envejecimos!

CARDENAL GONZAGA

(A Rufo.)

¡Tan viejos nos hallamos!
El sol de nuestras vidas empañó lo tormenta...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)
¡Sol!

CARDENAL MONTMORENCY

(A su fámulo.)
¡Champagne!

CARDENAL GONZAGA

Mas su tibio recuerdo aun nos alienta...
El pensar que se ha amado, que se vivió ¡El amor!...
¡El tronco envejecido soñando que aun da flor!
(Después de un instante como embebecidos.)
Un misterioso monte semeja nuestra vida...
Todo lleno de rosas frescas, á la subida,
y al bajar, todo espinas... ¡La juventud tan lejos!
¡Tan viejos nos hallamos!...

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

¡Tan viejos!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Ay, tan viejos!

CARDENAL RUFO

Tengo setenta y tres.

CARDENAL GONZAGA

Yo, ochenta y uno...
(Montmorency sonríe, mirándoles.)

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

¿Y vos?

CARDENAL MONTMORENCY

¡Sesenta ya he cumplido!

CARDENAL RUFO

(Mirando embebecido a Montmorency.)

¡Sesenta!... ¡Vive Dios!
¡Sesenta sólo! Aun vive en plena primavera.
Yo, a su edad, como un roble, fornido y firme era...

CARDENAL GONZAGA

Pues ¿y yo?

CARDENAL RUFO

¡Con sus años un hombre nunca es viejo!...
¡El solideo, entonces, poniame al espejo,
Y con amor veía bajo seda bermeja
brillar hilos de oro entre la plata vieja.

CARDENAL MONTMORENCY

Con sesenta cumplidos no soy precisamente,
¡perdonad, Eminencias!, un párvulo inocente...
También yo soy un viejo, mas con el aire blando
de quien vivió sin penas y envejeció cantando.

CARDENAL GONZAGA

¡Aun sois un niño! Cuando lleguéis a nuestra edad,
veréis que los recuerdos de aquella mocedad
son el único encanto que encuentran vuestros ojos...
Recordar, para un viejo, es postrarse de hinojos...

CARDENAL MONTMORENCY

¡También lo sé, Eminencias!... Vivir es recordar,
transformar en sonrisa lo que nos dió pesar;
evocar en el alma una edad ya pasada,
como en capilla de oro ha cien años cerrada,
donde ya no va nadie, mas donde hay un destello
de las fiestas antiguas... ¡Como el recuerdo, es bello!
¿Cómo no he de saberlo?... Y es curioso, Eminencias.
No nos hicimos nunca íntimas confidencias,
y somos como hermanos...

CARDENAL RUFO

¿Confidencias?

CARDENAL MONTMORENCY

¿Qué tiene
de extraño entre nosotros? ¡La muerte presto viene!
Miremos al pasado... Recordemos la vida...
La saudade de un viejo es vereda florida...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)
¡Confidencia de amores!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Por qué no se han de hacer?
En toda juventud hay risas de mujer...
Hablando de esas risas, el pasado es presente.
Recordar un amor, es amar nuevamente...
Nadie nos oye ahora...

CARDENAL GONZAGA

¡Eminencia!...

CARDENAL MONTMORENCY

¡El mayor
amor de nuestra vida!...

CARDENAL GONZAGA

(Con sincero pudor tapándose la cara.)
¡Oh!

CARDENAL RUFO

(Como quien sueña.)
¡Sí; el mayor amor!

CARDENAL GONZAGA

(Como queriendo protestar.)
Mas somos Cardenales...

CARDENAL RUFO

(Entusiasmándose.)

El sentimiento humano
en todas partes vive: ¡hasta en el Vaticano!
Porque puede esta púrpura a nuestro amor matar;
¡¡mas nos deja el recuerdo!!... ¡Y amar es recordar!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Gonzaga.)
Que comience el más viejo... Eminencia...

CARDENAL GONZAGA

¡No, no!

CARDENÀL RUFO

(A Montmorency.)
El más joven...

CARDENAL MONTMORENCY

(Excusándose pulidamente en un gesto.)
¡Perdonen!

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)
¡Entonces, seré yo!...
(Dudando un instante.)
¿Qué quieren que les cuente?
(Levantando la cabeza, los ojos brillantes, como el que encuentra algún recuerdo.)
La más bella aventura
que imaginarse puedan... Si tuviese aún ternura
mi voz, ¡con qué vehemencia la pudiese contar!...
Eminencias, pendonen si al fin me ven llorar...
Si se escapa una lágrima... ¡Ay, son impertinencias
de viejos!...

CARDENAL MONTMORENCY

(Como convidándole a comenzar.)
¡Eminencia!

CARDENAL RUFO

(Después de un ligero saludo a ambos.)

¡Ya comienzo! Eminencias:
A los veintidós años de edad próximamente
fuí yo, por gentileza de un hidalgo pariente,
envuelto en mi amplia capa negra con vuelta blanca
a leer leyes y cánones allá por Salamanca.
Era yo un mozalbete espadachín y osado,
manto al hombro, chambergo al viento, espada al lado,
poseedor del instinto; de la frase y del gesto;
Velázquez en el traje, Don Quijote en el resto,
¡muy capaz en mis ímpetus, como suprema hazaña,
de haber desafiado al propio Rey de España!
¡Ay, calcular no puede ahora, Vuestra Eminencia
cómo mi bozo rubio irradiaba insolencia!
No maté en duelo al sol, allá por las alturas,
sólo por no dejar a Salamanca a obscuras!...
Y respecto al amor, como esencia divina,
me quedé en el Don Juan de Tirso de Molina.
Para mi ardiente anhelo, el amor más sentido
moría, aun en flor, una vez poseído...
Odiaba a la mujer, después de conquistada;
No podía sufrir aventuras sin celos;
para mí los amores eran tan sólo duelos...
Batíame al acaso, en fin, por cualquier cosa;
una mujer, un beso, una piedra preciosa,
un lazo que se cae, una flor arrojada,
la gracia de una risa, el don de una mirada...
Al amor sin rivales no le daba importancia...
Para mi todo era violencia y arrogancia:
luchar, vencer, abrirme, en un furioso exceso,
con la hoja de la espada el camino del beso...
Tomarlo por asalto entre ansias y fatigas,
como rojo estandarte, de manos enemigas. .
Así entonces vivíamos todos los estudiantes,
olvidando a Platón y leyendo a Cervantes,
cuando entró de jornada en Salamanca un dia,
sobre carros de bueyes, la mejor compañía
de cómicos de España...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una onrisa.)

La de Moliére ¿no vió?

¡Admirable, admirable!

CARDENAL RUFO

(Sin inmutarse.)

¡Mas como ésta, no!

¡Ni tan rico tampoco! Produjo una locura
en la Universidad. La primera figura
del bando, era una joven de talle primoroso,
una antigua belleza, un Rubens prodigioso.

CARDENAL GONZAGA

(Tapándose la cara.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

De un rubio flamenco la cabecita airosa,
toda en un garavín de seda color rosa,
como un beso de luz, rescendía inocencias.

CARDENAL MONTORENCY

(Extrañando la palabra.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

¡Les pido perdón, si me excedo, Eminencias!
Era tan linda y frágil, que un angel parecía...
Si Dios la pretendiese... ¡a Dios desafiaría!
Ved un angel diciendo ¡naturaleza ciega!,
versos de Calderón y de Lope de Vega.
Se levantó la escena sobre un patio muy viejo,
todo armado, a la hidalga, con damasco bermejo,
y una alfombra real de capas de estudiantes.

(En un desfallecimiento enjugando una lágrima.)

¡Ay, lo que soy ahora! ¡Ay, cómo fuí yo antes!
¡Cuánta luz, cuanto fuego la dura vejez roba!
Después, representaron... no sé... *La niña boba*...
Ese poema leve, esa farsa graciosa,
en donde era la flor más prodigiosa...

Iba ya a terminar la representación,
cuando escuché a mi lado, en un bando follón
de estudiantes, decir con voz ronca y sumida:
«El rapto será luego... ¡Después de la salida!
¡Cerca de los blasones!... Al disponerse a entrar
en su silla de manos, caeremos al par
sobre ella.» Ya no quise saber ni escuchar nada...
Desenvainado había medio palmo de espada,
mas me contuve. «Luego es mejor dije yo...
Cuando acabó la pieza era noche. Cayó
la cortina. La silla, esperándole fuera,
junto a la vieja puerta de los Blasones, era
como un nido infantil de lucido brocado...
Cerca, el bando escolar aguardaba embozado.
El anillo y la espada solo valen lo que
la mano que los lleva, me dije, y me oculté..
Mas siempre es fuerte el brazo cuando la dama es bella...
Desenvainé la espada... y en esto asomó ella...
Me aproximé en un salto, y en rápidos instantes,
yo solo contra una veintena de estudiantes,
contra una Facultad, exponiendo la vida,
con la espada en una mano y la capa tendída,
tajé, ensangrenté, herí, con tal violencia...
(Esgrimiendo el bastón sobre la mesa.)
¡Así, así!

CARDENAL MONTMORENCY

(Defendiendo la porcelana y el servicio riquísimo.)
¡Por Dios! ¡Es Sévres, Eminencia!

CARDENAL RUFO

(Sentándose con un gran gesto fanfarrón.)
Y no los maté a todos entonces, en verdad,
por no cerrar las puertas de la Universidad.

CARDENAL GONZAGA

(Profundamente admirado.)
¡Solo, solo con veinte! ¡Una lucha sangrienta!

CARDENAL RUFO

¿Veinte?... Treinta, o tal vez, contando bien, cuarenta.

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la silla de manos?

CARDENAL RUFO

¡Ay, desapareció!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la cómica?

CARDENAL RUFO

Fuése.

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la seguisteis?

CARDENAL RUFO

¡No!

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la visteis de nuevo?

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

Nunca a verla volví...
Por eso la amé tanto... Jamás la poseí...

CARDENAL MONTMORENCY

Yo en su caso, Eminencia...

CARDENAL RUFO

Diga...

CARDENAL MONTMORENCY

Si lo consiente...
A ella me acercaría rápida y gentilmente;
y al contemplarla, entonces, fiel me arrodillaría,
y el sombrero, al estilo viejo, me quitaría;
y postrándome junto a la puerta dorada,
el cuerpo arrodillado y el alma arrodillada,

diríale con los ojos llenos de sueños locos;
«¡Perdonadme, señora, si luché con tan pocos!»

CARDENAL RUFO

¡Hermosa frase! Lástima que no se me ocurriera
entonces. Ahora es tarde. ¡Si aun hallarla pudiera!...

CARDENAL MONTMORENCY

La frase tiene espíritu. Amor, pensando bien,
no es tan sólo bravura, espíritu es también.
Esa fuerza sutil, de toda fuerza base,
que es el alma del gesto, nobleza de la frase,
algo más tenue y fino, fluctuoso y ardiente,
que arrodillar nos hace irreflexivamente;
vence, perturba, infiltra, y al brotar de la boca,
viste de seda y oro la confesión más loca.
¿Qué fuera sin espíritu el amor, Eminencia?
¡Una pasión brutal o una impertinencia,
sin pureza, sin todo aquello que resume
en un beso la vida y el alma en un perfume!
Con sus puños de encajes, hasta es bella la ofensa,
pues si es fina la espada, la frase es más intensa.
Una sutil escuela de esgrima delicada:
nos busca el corazón la frase, cual la espada,
y al herir se deshace en mil piedras preciosas,
cual los rayos del sol cuando hieren las rosas...
¡Si al hombre vence el hierro y si es bello vencer,
hace más el espíritu, pues vence a la mujer!
En mi tiempo, en los tiempos en que yo amé y viví,
era lo que aun hoy son las de Montmorency:
un gran espiritual león de nobleza,
cabellera anillada, gola a la genovesa,
paseando orgulloso, todo sedas triunfales,
de los duques de Maine, los salones feudales.
¡Ay, qué lejos están estos tiempos de amor!
¡Qué lejos!... Cierto día, el viejo Philidor
tocaba sobre el clave un lindo minuete...
un mimo, ¡lo que hay más siglo diez y siete!

(Queriendo recordar y cantando.)

La-rí, la-rá, larí...

(Suspirando el canto tristemente.)

No me acuerdo bastante...
¡Todo pasa!

(Intentando de nuevo recordar.)

La rí... Alguien en este instante,
una linda mujer, que yo había encontrado
a veces en Versalles, en su coche dorado,
la Embajadora de Austria, un prodigio, un asombro,
pasó en un lindo gesto su mano por mi hombro,
y dijo con acento desdeñoso: «Marqués,
os odio.» Sonreí... Y por segunda vez:
«Os detesto.» Aun reí dulcemente... Eminencias,
una mujer bonita que nos dice insolencias
es la cosa más bella, galante y deliciosa
que puede imaginarse. Es como si una rosa
lanzase imprecaciones, trémula y sonrojada,
contra el ala de sol de una abeja dorada...
Mas, por tercera vez: «¡Marqués, os tengo horror!»
Ya no reí... En el clave, el viejo Philidor
tocaba el minuete...

(Queriendo aún acordarse. Con una gran expresión dolorosa.)

¡Tanto tiempo ha pasado,
que aquellas dulces notas mi memoria ha olvidado!...
Los años... No recuerdo...

(Viendo de repente el viejo clavicordio y levantándose.)

Recordarlo tal vez
consiga en el teclado de este clave holandés.

(Hiriendo las teclas con la mano izqvierda, de pie. Mientras toca, continúa hablando con los Cardenales.)

La-ri, la-rá... ¡Entonces, decidme, Eminencias!
Me compuse el cabello, hice dos reverencias
a la antigua, un pie atrás y la mano en la espada,
y curvándome ante mi enemiga dorada,
le murmuré: «¡La mano! ¡Démela, mi señora!
No me detestará dentro de media hora.»
Danzamos el minuete... Ella, era singular,
me daba la ilusión de un encaje al danzar,
un encaje ligero, Sajonia transparente,
donde iban a posarse, perturbadoramente,
como enjambre de oro, espiritual y leve,
la sutil ironía y el epigrama breve,
frase a lo Mirabeaux, ardiente y complicada,
lo eterno casi todo—apenas casi nada,—
espíritu—mesura, la sonrisa—elocuencia...

(Al Cardenal Rufo, que está más cerca.)

¡No sé precisamente lo que dije, Eminencia!
Mas tuvo que ser algo sutil como una brasa,
fugaz galantería o perfume que pasa,
poema todo rosas, apasionado y blando,
la elocuencia de amores que la mujer prefiere,
que vence si se humilla y besa cuando hiere...
La-rí, la... Terminó la música por fin...
Media hora después, solos en el jardín,
la Embajadora de Austria, apasionada y loca,
uniendo con la mía su pequeñina boca,
me dijo sonriendo: «¡Os adoro, Marqués!»
¡El espíritu había triunfado aún otra vez!
Y mientras Philidor, junto al clave...
(Toca procurando recordar y se desespera de no poder conseguirlo.)
No sé...

(Después de una explosión de súbita alegría, sentándose al clavicordio a tocar.)
La-rí-rá... ¡El minuete!... Por fin lo recordé.
La-ri-lá, la-ri-lá, la-rá...

CARDENAL RUFO

(Levantándose y aproximándose al Cardenal Montmorency.)
Vuestra Eminencia
perdone si le digo alguna impertinencia.

CARDENAL MONTMORENCY

(Levantándose del clave.)
¡Linda música!... ¿Dice?

CARDENAL RUFO

(Sonriendo.) Es que para vencer
en tan florido juego a una simple mujer
es mucho media hora... ¡Es el parecer mío!...

CARDENAL MONTMORENCY

¿Lo cree así?

CARDENAL RUFO

El espíritu es siempre más tardío...

¡A cuarenta bergantes fuertes y resolutos
venci yo con mi espada en dos o tres minutos!

CARDENAL MONTMORENCY

(Con ironía)
Si siguiese a la cómica... Su Eminencia vería...
como pasaba media hora y no la vencía.
(Al Cardenal Gonzaga, que piensa en una actitud casi de éxtasis.)
Su Eminencia ¿qué dice?

CARDENAL RUFO

(Acercándose al Cardenal Gonzaga y tocándole las espaldas.)
¿Qué piensa, Cardenal?

CARDENAL GONZAGA

(Como quien se despierta: los ojos llenos de luz y la expresión transfigurada.)
¡Qué diferentemente se ama en Portugal!
Ni la frase sutil, ni el combate sangriento...
Amor es corazón, amor es sentimiento...
Una lágrima, un beso, un dulce repicar...
Dos novios de rodillas, que se van a casar...
¡Tan simple todo! ¡Amor que de rosas se enflora,
y siendo triste, canta, y siendo alegre llora!
El amor, sencillez que consuela y que besa...
¡Oh, cómo sabe amar la genta portuguesa!...
Tejer del sol un beso, y desde tierna edad,
el amor en el beso, unir a la amistad,
en un anhelo casto y en una estima sana,
sin saber distinguir la novia de la hermana...
Hacer vibrar de amores mil cuerdas misteriosas,
como si en comunión se entendieran las rosas,
cual si todo el amor fuese uno solamente...
¡Ay, cómo es diferente! ¡Ay, cómo es diferente!...

CARDENAL RUFO

¿También Vuestra Eminencia amó?

CARDENAL GONZAGA

También he amado.
¿Se puede allá vivir sin haber adcrado?
Sin sentir en el alma,—¡oh, poderla aún sentir!—
una saudade en flor que llora al sonreir.
¡Sí, amé! Yo tenía apenas quince abriles,
y ella trece. Un amor de seres infantiles,
como nube de oro al abrir la mañana...
Ella era mi primita... Era casi mi hermana...
Bonita no sería... Más ¡qué dulce expresión!
La gente se decía en plena población:
«El señor Mayorozgo no hallará igual esposa,
ni en la vieja capilla la santa más hermosa.»
Y cuando, en nuestros juegos, junto a mí la veía,
rezaba por lo bajo: ¡Es mía, es mía, es mía!
¡Oh, cuántas veces, cuántas, cansados de jugar,
nos quedábamos fijos, mirándonos al par,
todos llenos de sol, la frente ruborosa...
(Con una gran expresión de dolor.)
Era fea, tal vez, ¡mas Dios la encontró hermosa!
Y una noche mi alma, mi única luz... ¡Murió!
(En una rebeldía angustiosa.)
Dios que me la ha quitado, ¿para qué me la dió?
¿Para qué, para qué?

CARDENAL MONTMORENCY

(Levantándose para sostenerlo.)
¡Valor!

CARDENAL RUFO

(Curvándose también para sujetarlo, todo conmovido.)
¡Resignación!

CARDENAL GONZAGA

¡Ay, también Dios, con ella me arrancó el corazón!
(Cayendo sobre la mesa sollozante.)
¡Que mi vida era ella el Señor no lo sabía!
Pensó que de un amor otro amor surgiría,
y matóme... ¡matóme!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Eminencia!

CARDENAL GONZAGA

¡Al final,
ıé ese ángel al morir quien me hizo Cardenal!
(Exaltándose y cayendo postrado luego.)
{ hoy sirvo a Dios, al mismo Dios que me la robó!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency, limpiándose una lágrima, mientras suenan s once en el Vaticano.)
De los tres, él fué el único que de veras amó!...

CAE EL TELÓN LENTAMENTE

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

Seguirá la obra

EL SEÑOR FEUDAL

Drama en tres actos y en prosa, de

DON JOAQUÍN DICENTA